

CAPÍTULO 39

De los filtros de amor a las recetas afrodisíacas. Presencia y evolución en *Afrodita* y *Como agua para chocolate*

GALA DEL CASTILLO CERDÁ
Universidad Rovira i Virgili

*Ha sido en la cocina donde el hombre
puso más imaginación, mucha más
que en el amor o que en la guerra.*

CUNQUEIRO

Muy conocidas son ya, en nuestros días y entre nosotros, la ópera prima de Laura Esquivel, *Como agua para chocolate* (1989) y la novela—recetario—anecdótico—cajón de sastre de Isabel Allende, *Afrodita* (1997). En ambas obras abunda lo erótico y lo culinario a la par que lo literario, tres elementos que desde tiempos inmemoriales se vienen considerando indisociables. Recordemos, por ejemplo, obras como *El decamerón*, *Las mil y una noches*, el *Kamasutra* o *El jardín perfumado*.

El erotismo es intrínseco a la sensibilidad humana y, como decimos, es un tema recurrente en el arte y la literatura desde los tiempos más remotos. A lo largo de los siglos se han ido hilvanando millares de recursos destinados a satisfacer con la imaginación todos los caprichos del amor. El juego erótico ha echado mano, entre muchos otros recursos, de la poesía (como sería el caso de los poemas de Safo en la Grecia clásica) o de la cocina (como en el caso de Laura Esquivel) para alcanzar los objetivos erótico-amorosos de innumerables sujetos.

Como agua para chocolate despliega todo un abanico de amor, gastronomía y literatura al más puro estilo del realismo mágico, e Isabel Allende hace lo propio en *Afrodita*, aunque abandona el realismo mágico de sus novelas anteriores para dedicarse al encanto de las leyendas y tradiciones culturales¹. Pero hay un ingrediente más en estas dos obras, un ingrediente básico y esencial: la magia, y es que Allende y Esquivel, a través de las recetas afrodisíacas que pueblan y pululan por sus obras, comunican al lector con una magia antigua y remota, volviendo los ojos a la época clásica². Obras como *La Odisea* de Homero, *Las Metamorfosis* de Ovidio o las *Argonáuticas* de Apolonio revelan las autoras primigenias de las actuales recetas afrodisíacas, que no son otras que las hechiceras Medea y Circe. Ambas, cegadas por Eros, utilizan su magia para ayudar y proteger a sus amados y realizan filtros de amor para retenerlos cuando las rechazan. Esos filtros de amor que describen los autores clásicos están básicamente elaborados con hierbas, y se entregan de forma suculenta y atractiva a los ojos del comensal³.

Así, el erotismo que nos presentan estas dos autoras hispanoamericanas se enriquece con ingredientes de toque mágico, de modo que la mezcla de atributos eróticos, mágicos y culinarios marcan ambas historias de manera especial. Sin embargo, cabría preguntarnos cómo se consigue que la magia que desprenden los filtros de amor parezca a los ojos del lector como la más real de las historias. La simpatía formal de un recetario da congruencia, verosimilitud y autenticidad a la realidad ficticia de ambos textos. Además, la tendencia a la hipérbole desbocada y la profusión de objetos u alimentos con las cualidades trastocadas, así como la aparición de enfermedades infrecuentes, trasladan al lector a un mundo tan exageradamente poblado de gigantismo, desmesura, y gusto por lo insólito y lo exótico, que hace que la inverosimilitud ya no sorprenda y el lector termine por considerarla normal y posible⁴.

De magia amorosa está repleta la historia del hombre: egipcios, asirios, griegos y latinos utilizaban este procedimiento y una prueba válida de ello son los textos que nos ha dejado la Antigüedad clásica; Teócrito entre los griegos y Horacio y Ovidio entre los latinos constituyen grandes autoridades en el tema. Más adelante, Petronio, Luciano y Apuleyo también se sintieron atraídos por las figuras de las hechiceras a quien Propertio, en sus *Elegías*, define como «aquellas

¹ Los vínculos entre la comida, el amor y la mujer en *Afrodita* han sido estudiados por N. C. Durango Pacheco, *Mujer, comida y cuerpo en Isabel Allende*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009, págs. 57-95.

² Invito al lector a leer el artículo de E. Bejel, «*Como agua para chocolate* o las estrategias ideológicas del arte culinario», *Nuevo Texto Crítico*, vol. X, núms. 19/20, Enero a Diciembre, 1997, págs. 177-194, donde se analiza el realismo mágico, tildado de anacrónico, de la novela.

³ El lector interesado puede ampliar la información sobre las hechiceras clásicas en el vasto estudio de E. Lara Alberola, *Hechiceras y brujas en la Literatura Española de los Siglos de Oro*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010, págs. 33-58, así como en el de J. Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1993, págs. 44-58.

⁴ La morfología de la realidad ficticia ha sido exquisitamente analizada en M. Vargas Llosa, *Gabriel García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Barral, 1971, págs. 577-615.

mujeres que pueden proporcionar efectivos remedios amorosos»⁵. Por otro lado, China, India y otras culturas orientales dedicaron, como todos sabemos, volúmenes extensos al arte de amar y a las prácticas ocultas. Célebres son también las tradiciones medievales de filtros, encantos, brujas y magos. Sin embargo, Jules Michelet, en su estudio titulado *La bruja* (1862) apunta que todo lo que se sabe de los encantos y los filtros que empleaban las hechiceras es muy fantástico y, al parecer, malicioso las más veces. A pesar de ello, se sabe que los filtros eran muy diferentes: en su mayoría eran excitantes y debían turbar los sentidos. Otros eran peligrosos y con frecuencia pérfidos, brebajes de ilusión que podían entregar a las personas en contra su propia voluntad⁶. Isabel Allende advierte en su libro sobre el sutil límite entre los filtros eróticos y los venenos, el cual se esfuma con asombrosa facilidad y hace que más de uno acabe en la tumba⁷. Esto no es nada exagerado: los textos sobre la historia de Roma están plagados de estas desdichas. En otras ocasiones, los filtros de amor no pretendían causar muerte alguna, pero sí provocaban otro tipo de estragos: pensemos en *Tristán e Isolda*, que se enamoran por error, ya que el filtro que prepara Brangiana, un vino de hierbas, iba destinado a otra persona. O peor aún: en el *Satiricón* de Petronio se nos presenta a Encolopio, un joven bien dotado pero con ligeros problemas de erección que decide ir a ver a una hechicera; esta le facilita un filtro para curarlo, pero no todo sale como esperan y su miembro termina siendo irrevocablemente impotente⁸. Esto se debe, como nos advierte Zackariel Shaula, al mal uso de las plantas, pues en cantidades mínimas pueden resultar beneficiosas, pero en grandes cantidades pueden ser muy peligrosas⁹. Hay que tener en cuenta que los medios que las hechiceras utilizaban en la acción real eran pócimas o unguentos, los mismos que usaban tanto curanderos como envenenadores. Vemos, pues, que estas mujeres tenían mucho de herbolarias y que en sus filtros primaba la magia homeopática.

Volvamos ahora los ojos a las dos novelas que nos interesan. Tita, la protagonista de *Como Agua para chocolate*, mantiene claras analogías con las hechiceras de la Antigüedad. Su nacimiento viene acompañado de un presagio: Tita llora antes de nacer, desde el vientre de su malvada madre, lo cual es entendido por Úrsula de *Cien años de soledad* (1967) como un mal presagio: «El llanto de los niños en el vientre de la madre es una señal inequívoca de incapacidad para amar»¹⁰. Efectivamente, Tita, por ser la primogénita, tiene prohibido casarse para poder cuidar a su madre hasta el día de su muerte. Sin embargo, Tita está enamorada de Pedro, el marido de su hermana Rosaura, y el único modo que esta conoce para transmitirle su pasión es por medio de la comida, en la que vuelca, mágicamente, su soledad y su amor. Tita aprende todos los secretos

⁵ Propertio, *Elegías*, Madrid, Cátedra, 2001, Libro I, Elegía 1, vv. 19-26, pág. 153.

⁶ J. Michelet, *La bruja*, Barcelona, Labor, 1984, pág. 128.

⁷ I. Allende, *Afrodita*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pág. 95.

⁸ Petronio, *Satiricón*, Madrid, Club Internacional del Libro, 1994, págs. 189-190.

⁹ Z. Shaula, *Los filtros de amor*, Barcelona, Vecchi, 1999, pág. 15.

¹⁰ G. García Márquez, *Cien años de soledad*, Barcelona, Bruguera, 1986, pág. 214.

del arte culinario de la mano de Nacha, la antigua cocinera, quién a su vez los aprendió de sus antepasados, del mismo modo que la ciencia mágica supone una transmisión de generación en generación. Además, la hechicera solamente suele entrar en acción en casos de desesperación amorosa, como les ocurrió a Medea y Circe, y del mismo modo le ocurre a Tita, que entra en el mundo de los filtros de amor la noche antes del matrimonio de Pedro con su hermana Rosaura. La noche siempre ha sido la sazón adecuada para realizar hechizos¹¹, y en ella Tita elabora el Pastel Chabela que se servirá en el banquete de bodas. Mientras cocina, sus lágrimas y su amargura se mezclan con la masa dulce del pastel y todos los asistentes al banquete —salvo Pedro y Tita— sienten al probarlo una nostalgia infinita y una pena de amor insoportable, así como una indigestión que aparecerá más veces en la novela, siempre ligada al dolor y a la ira de Tita. Rosaura tiene toda la intención de salvar su vestido de novia de las deposiciones de parientes y amigos, pero resbala y no hay un solo pedazo de su vestido que quede libre de vómito. Luego, un voluminoso río macilento la envuelve y la arrastra algunos metros, provocando que lance como un volcán en erupción estruendosas bocanadas de vómito ante la horrorizada mirada de su marido Pedro. No podemos negar que este grotesco episodio, cuyo origen yace en la magia y en la gastronomía, es digno de cualquier venganza amorosa, y solo una verdadera bruja o hechicera podría ponerlo en práctica.

Otro episodio de erotismo culinario y magia amorosa se produce con el famoso plato de las Codornices con Pétalos de Rosa. Pedro regala a Tita un ramo de rosas, símbolo de amor, y esta las aprieta contra su pecho hasta que los pétalos se impregnan con su sangre. Luego, cocina un plato que mezcla tres de los alimentos más afrodisíacos según Isabel Allende: las aves, las rosas y la sangre, y además le añade miel y anís. Las aves son afrodisíacas por su carne morena y su sabor intenso¹²; las rosas tienen un olor que despierta todos los sentidos, y la sangre es el elemento estrella de todos los filtros de amor: en ocasiones puede provenir del ejecutor del filtro, otras veces del sujeto al que se quiere engatusar, pero lo más habitual es que provenga de la ingesta de sesos, hígados y otras entrañas crudas. La sangre tiene una carga metafórica visual muy afrodisíaca según autores como Eulàlia Purτί, y para Michelet, beber sangre uno de otro crea una comunión que mezcla las almas¹³. La miel, por su parte, es usada en innumerables filtros de amor por su enorme carga erótica, ya que su simple evocación nos lleva de paseo por los antiguos mundos árabes, exóticos por antonomasia¹⁴.

¹¹ Caro Baroja, ob. cit., pág. 37.

¹² La carne de ave se prepara a base de especias, hierbas y licores, tres elementos muy afrodisíacos según la tradición. Allende facilita en *Afrodita* una lista de hierbas y especias prohibidas, por afrodisíacas, del Convento de las Hermanitas Descalzas de los Pobres. Muchas de ellas eran utilizadas tanto en los filtros de amor como en las recetas de nuestros fogones actuales: alcaparra, anís, canela, jengibre, lavanda, menta... Ver Allende, ob. cit., págs. 75-80.

¹³ Ver E. Purτί y À. Viladomat, *La cuina afrodisíaca*, Barcelona, Columna, 1991, págs. 91-92 y Michelet, ob. cit., pág. 130.

¹⁴ Sobre miel y erotismo, ver Allende, ob. cit., pág. 164.

Allende nos regala varias anécdotas relacionadas con la miel, el erotismo y las leyendas, complementando involuntariamente la carga afrodisíaca de la receta de Tita, e incluye, asimismo, el anís en su lista de hierbas prohibidas por ser altamente afrodisíaco debido a su elevado nivel calórico.

Con tal mezcla de afrodisíacos naturales, y sumándole el toque mágico de hechicera que tiene Tita, las Codornices con Pétalos de Rosa causan estragos sexuales entre sus comensales: «Penetraba en el cuerpo de Pedro la comida voluptuosa, aromática, calurosa, completamente sensual»¹⁵, y Getrudis, la hermana pequeña de Tita, experimenta un incontrolable impulso sexual que le hace desprender un calor tan hiperbólico que «las gotas que caían de la regadera se evaporaban antes de rozarla siquiera»¹⁶. Finalmente, esta joven huye de la casa haciendo el amor con pasión, desenfreno y lujuria con un villista, ambos a lomo de un caballo desbocado, símbolo inequívoco de erotismo¹⁷.

El capítulo «Chorizo norteño» evoca otros símbolos eróticos muy propios de la cocina afrodisíaca por su analogía fálica. Allende dedica un extenso apartado de su libro a estos alimentos, entre los que destacan algunas frutas como la pera o el plátano; hortalizas como el apio, el nabo y el pepino, o los testículos asados de animales como el toro o el buey¹⁸. Tita, en *Como agua para chocolate*, prefiere decantarse por el chorizo. Así, encerrada en su cocina, acaricia el chorizo que tiene entre sus manos, claro indicador fálico, mientras recuerda un ardiente encuentro sexual con su amado.

Otro aspecto que une la hechicera clásica con las recetas afrodisíacas es el del don atípico y especial para hacer determinadas cosas. La magia es un don exclusivo de los elegidos, se trata de una capacidad individual que solo puede potenciarse con el adoctrinamiento previo, y parece ser que lo mismo ocurre con la cocina: no todo el mundo está predispuesto para elaborar guisos. Del mismo modo que cualquier joven profundamente enamorado no puede elaborar ningún filtro sin la ayuda de una hechicera, Rosaura no puede cocinar nada digno sin la ayuda de su hermana. Cuando intenta entrar en los dominios de Tita y cocinar para su marido, provoca un auténtico desastre y la incursión resulta ser un fracaso absoluto: el arroz se le pasa, la carne se le sala y el postre se le quema. De nuevo hallamos otra relación sexo-cocina: Rosaura provoca un nulo deseo sexual en Pedro, tan nulo como su capacidad culinaria. En cambio, Tita es una gran cocinera y la atracción sexual que provoca en Pedro es desbordante. Allende, por su parte, nos cuenta una experiencia culinaria que vivió en la Isla de Pascua, donde al caer el sol los jóvenes y las muchachas elaboraron una delicadísima y mística receta: el curanto. Según Allende, quien ha probado ese caldo, esencia concentrada de todos los sabores de la tierra y del mar, no podrá conformarse

¹⁵ L. Esquivel, *Como agua para chocolate*, Barcelona, Salvat, 1994, pág. 50.

¹⁶ Esquivel, ob. cit., pág. 52.

¹⁷ Véase A. I. Martín Moreno, «Amor y erotismo en *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel», E. Huelbes (ed.), *El erotismo en la narrativa española e hispanoamericana actual*, Puerto de Santa María, Fundación Luis Goytisolo, 2000, págs. 67-76.

¹⁸ Allende, ob. cit., págs. 158-165.

nunca más con otros afrodisíacos¹⁹. Y con esta seguridad, la escritora chilena se dispuso a realizar ese delicioso curanto en su piso de Caracas, pero, lógicamente, no le quedó igual ni de lejos. La «explosión de dinamita en la sangre» que sintió al probar el caldo en la Isla de Pascua no estaba en su modesta olla de barro de Caracas. El curanto estaba compuesto por moluscos, que recuerdan el genital femenino; por crustáceos rojos, cuyo contenido en zinc y selenio es muy elevado, minerales que resultan ser vasodilatadores, irritantes y tonificadores²⁰.

Por último, analicemos el punto más negativo de la magia amorosa y culinaria, aquel del que hemos hablado en líneas anteriores y que aglutina en su seno a Eros y a Tánatos. Tita mata a su madre y a Rosaura a través de la comida mágicamente adulterada por sus sentimientos. Mamá Elena se niega a comer bocado alguno porque todos los platos que le prepara su hija le saben amargos, lo cual es debido a que los sentimientos de la protagonista se transmiten mágicamente al objeto de su desdicha. Mamá Elena, empeñada en no comer, muere de inanición. Por lo que respecta a Rosaura, la muerte le llega a causa de un maleficio, reminiscencia obvia de las hechiceras clásicas primigenias. Al dar a luz a Esperanza proclama a voz en grito que, de mayor, correrá la misma suerte que Tita: se le prohibirá amar para que así cuide a su progenitora hasta su último aliento. Tita la maldice como lo hicieron en épocas remotas las más grandes de las hechiceras, y el rencor que siente hacia su hermana lo vierte en la comida que le prepara. Rosaura sufrirá de mal aliento, vómitos y flatulencias hasta morir finalmente de una «congestión estomacal aguda». En este episodio se funde la tradición de la maldición, de la comida y de la muerte, tríada muy arraigada en el mundo mítico de las hechiceras y las brujas.

Según Zackariel-Shaula, «la magia es el arte de ampliar o desviar el preestablecido flujo de los acontecimientos según el propio deseo»²¹, y esto es lo que hace Tita por medio de sus recetas culinarias. La protagonista de la novela, igual que los personajes de todas las leyendas, anécdotas e historietas que nos cuenta Allende, se sirven de alimentos como la almendra, el ajonjolí, el caviar, el chocolate, la menta, el anís, los crustáceos o los calditos de res para realizar platos altamente afrodisíacos para conseguir sus fines amorosos.

La comida afrodisíaca surte efectos tan mágicos en sus comensales como los que surtían los filtros de amor de los tiempos heroicos, elaborados en su mayoría con los mismos ingredientes. La comida sofisticada, ahora y siempre, ha invitado al goce y a la exaltación de los sentidos: lleva implícito en su seno un mensaje de seducción. Si además nos esmeramos en crear una atmósfera propicia, servimos un vino elegido con tacto y nos entregamos al poder de la magia del momento, las perspectivas que se despliegan ante nuestros ojos resultan francamente fabulosas.

¹⁹ Allende, ob. cit., pág. 88.

²⁰ Ver E. Purtí; A. Viladomat, ob. cit., pág. 14.

²¹ Z. Shaula, ob. cit., pág. 8.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLENDE, I., *Afrodita*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999.
- BEJEL, E., «*Como agua para chocolate* o las estrategias ideológicas del arte culinario», *Nuevo Texto Crítico*, vol. X Nos. 19/20, Enero a Diciembre, 1997, págs. 177-194.
- CARO BAROJA, J., *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza, 1993.
- DURANGO PACHECO, N. C., *Mujer, comida y cuerpo en Isabel Allende*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- ESQUIVEL, L., *Como agua para chocolate*, Barcelona, Salvat, 1994.
- GARCÍA MÁRQUEZ, G., *Cien años de soledad*, Barcelona, Bruguera, 1986.
- LARA ALBEROLA, E., *Hechiceras y brujas en la Literatura Española de los Siglos de Oro*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010.
- MARTÍN MORENO, A. I., «Amor y erotismo en *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel», E. Huelbes (ed.), *El erotismo en la narrativa española e hispanoamericana actual*, Puerto de Santa María, Fundación Luis Goytisolo, 2000, págs. 67-76.
- MICHELET, J., *La bruja*, Barcelona, Labor, 1984.
- PETRONIO, *Satiricón*, Madrid, Club Internacional del Libro, 1994.
- PROPERCIO, *Elegías (Libro I)*, Madrid, Cátedra, 2001.
- PURTÍ, E.; VILADOMAT, À., *La cuina afrodisíaca*, Barcelona, Columna, 1991.
- SHAULA, Z., *Los filtros de amor*, Barcelona, Vecchi, 1999.
- VARGAS LLOSA, M., *Gabriel García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Barral, 1971.

